

RECENSIONES

A. REYES HUERTAS.—Para un estudio crítico-biográfico del novelista. Por Enrique Segura. Publicaciones de Servicios Culturales de la Diputación Provincial de Badajoz, 1953.

El día en que un biógrafo acometa la tarea, ciertamente necesaria, de escribir la vida de Antonio Reyes Huertas, el novelista que fué para su tierra extremeña lo que Pereda para la Montaña santanderina o Muñoz y Pabón para la gaya Andalucía, encontrará en este tomo de nítida impresión y cómodo manejo, abundante y valiosa cantera de donde extraer los pilares y dovelas de su edificio. Muchos de los que intentan componer biografías de este tipo desearían hallar siempre tan a mano, tan bien preparados y tan fidedignos materiales.

Es de todos conocida la íntima y larga amistad que unió al llorado novelista con el poeta y publicista, verdadera institución en la capital pacense, que es don Manuel de Monterrey. Esta amistad produjo un nutrido epistolario que en este estudio se extracta y analiza por lo que se refiere a la fase de las cartas firmadas por el novelista y dirigidas al poeta. Treinta y seis de estas cartas se transcriben, casi íntegramente, enmarcadas entre las fechas del 2 de Febrero 1944 en que aquél se encuentra en el pináculo de sus triunfos literarios obtenidos en justicia, pero no sin lucha acerba con los eternos «imponderables» hasta el 6 de Agosto de 1951 poco antes de la desaparición del fecundo costumbrista. Decir que en estas cartas se retrata la vida, el alma y el carácter de éste puede ser un tópico, pero es la verdad. Son cartas que no tienen desperdicio pues en ciertos literatos, aun los asuntos más íntimos y privados cobran interés en relación con sus obras.

Enrique Segura no se ha limitado a la simple transcripción con anotaciones breves de este importante epistolario. Ha hecho algo más: dar de él una exégesis acendrada y exacta y completarla con

unos comentarios, ya de índole biográfica que dan una idea más clara aún del espíritu del autor de *Mirta* completando y corroborando la que el lector ha extraído por sí mismo de la lectura directa de las cartas. Es sumamente curioso y aleccionador cotejar estas dos reconstrucciones superponiéndolas y comprobar su parecido, cosa que no podía menos de ocurrir.

Quien quiera, como he dicho, profundizar en la vida del gran novelista extremeño no podrá evitar en lo sucesivo la consulta a tan fidedigna fuente como la constituida por esta publicación.

—o—

EUCARISTICAS, antología por Fray Antonio Corredor, O. F. M. Ediciones Cruzada Mariana. Cáceres, 1955.

Varias son las antologías religiosas que el publicista y poeta franciscano Padre Antonio Corredor lleva sacadas a la luz y en estas mismas columnas han recibido comentario casi todas. La que tenemos hoy ante los ojos reviste idénticas características a las demás anteriores suyas. Composiciones escogidas con depuradísimo criterio entre autores eclesiásticos o seculares que en tiempos pasados o en los presentes han tocado el tema religioso con delicadeza y profundidad. Esta selección, tan agradable para el espíritu como las otras, tiene como motivo central de inspiración el Misterio del Santísimo Sacramento y está hecha con ocasión del XXVI Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Río de Janeiro. Contiene poemas extraordinariamente inspirados de Norberto Torcal, Ricardo Leon, P. Juan Alberto de los Cármenes, C. Borges, Fray Luis María Llop, Carmelita, Luis Felipe Vivanco, José María Pemán, Fray Fermín, María García Sánchez, O. F. M., Fray Luis de Fátima Luque, O. P., José María Gabriel y Galán, Ramón Cuém, S. J., Fray Antonio Corredor, O. F. M., Pilar de Montemolín y Torgores, Fray Vicente Recio, O. F. M., Jo-

sé Selgas, Miguel Benzo Maestre, Pbro. Bernardino María Rubert Candau, O. F. M., José Joaquín Ortiz, Manuel González Hoyos, Fray J. Tornero, O. P., Ginés de Albareda, J. Muñoz San Román, Rafael Sanz y de Diego, José Antonio Muñoz Rojas, Oliverio, S. D. B., Fray Cándido de Viñayo, O. F. M., Cap y otras dos composiciones muy buenas, una anónima y otra firmada con el anagrama S. A. J.

Encabezan el tomo una *Ofrenda* del compilador y el Himno del Congreso Eucarístico de Río de Janeiro, cuyo autor es el Benedictino P. Marcos Barbosa. Otra joya para los amantes de la poesía religiosa y un bello recurso para regalos y premios de colegio.

—o—

ARPEGIOS, por E. José Valdivia y Cabrera (Cuatro volúmenes). Colección Palabra en el aire. Madrid, 1954.

En la solapa de uno de los tomos que componen la tetralogía poética que bajo el poco original nombre de «*Arpegios*» ha publicado el autor antecedentemente transcrito, se lee esta frase: «Diga cada uno lo que siente sin rebuscamientos». Esto es cabalmente lo que hace José Valdivia en los cuatro lotes de sus cuádruplemente repetidos *Arpegios*. En todas estas composiciones el poeta dice lo que siente con sencillez y claridad; explica lo que una evocación momentánea o una amarga consideración le inspira en el momento de tomar la pluma. Y lo dice en versos que, si no son demasiado sonoros ni alcanzan zonas de gran altitud estética, por lo menos están habilidosamente compuestos y sinceramente sentidos. Estos cuadernos de acordes líricos pueden agregarse al rimero de los producidos por la fértil vena popular española.

—o—

AUSENCIAS DEL CORAZON (Poemas) por Eduardo Cerro. Valencia, 1955.

Ocurrese preguntar por qué este excelente poeta, nada bisono ya en las lides publicitarias, no ha compulsado ajenas opiniones a la hora de bautizar este nuevo tomo de poesías suyas y antes de entregarlo a la imprenta. Ningún desdoro representaba el hacerlo, pues como sabe todo literato, titular es un arte de las más difíciles y son muchas las plumas privilegiadas que, capaces de dar cima a una

obra de grandes méritos, no aciertan a etiquetarla con un nombre o frase certera y elegante. Si Eduardo Cerro hubiese tenido la precaución antes citada y naturalmente, se hubiese dirigido a persona capaz, hubiese salvado a este hermoso libro de un bautismo de vulgar y manoseada sonancia que lo desacredita antes de leerlo. No somos nada sospechosos—y esto lo saben bien los acaso pocos lectores que sigan paso a paso nuestra labor crítica—de servidumbre a la bambalina y extravagancia de ciertos estilos de hoy. Pero tampoco podemos otorgar nuestro aplauso al artista que viva por completo de espaldas al tiempo en que ha nacido.

Adentrándonos ya en la lectura de este atractivo tomo de 96 páginas, hemos de observar una desigualdad en el nivel estético de su contenido y que corrobora cierta desorientación selectiva en su autor paralela al defecto que hemos señalado al comenzar estas líneas. Siempre el autor es mal crítico de sí mismo y acaso lo que él cree más deleznable y flojo de su producción resulta ser lo de mayor mérito (y esto le ocurrió al mismo Cervantes) y por contra, los hijos predilectos de su ingenio suelen ser los menos apreciados por los demás.

Nosotros no hubiéramos aconsejado nunca al autor que, como pórtico de entrada a su libro imprimiese la composición titulada *¡Qué triste soledad!* encontrándose a lo largo de aquél otras mucho más logradas y mejor construidas en fondo y forma, tales como *Locura de amor*, *Esos de oro*, *Vivo hundiéndome*, *Toledo*, *Mi última morada* y muchas más.

Es inevitable que el público, presunto comprador o lector limite la cata de un libro a su título y a las primeras composiciones que por ello son las que más cuida o debe cuidar un autor. Quien haga esto con *Ausencias del corazón* y no pase adelante, habrá perdido ocasión de gustar muchos poemas de gran dulzura y sencillez y escritos con aticismo y elegancia, pero que sólo se encuentran libro adentro. Una más atildada selección y otro título hubieran dado a esta obra cualidades de relieve entre la producción hodierna y esperamos de este fecundo autor no tarde, en una nueva salida al campo editorial, en alcanzar esta meta para lo que no le faltan aptitudes.

—o—

STABAT MATER DOLOROSA. Antología, por Fr. Antonio Corredor, O. F.

M. Ediciones Cruzada Mariana. Cáceres.

Otro florilegio de poemas marianos, esta vez sobre el motivo común del misterio de la tristeza de la Virgen al pie de la Cruz. El frontispicio y divisa de esta antología es el célebre poema «*Stabat Mater*» del insigne Jacopone da Todi, el santo loco de la Historia. Nosotros hubiéramos preferido ver esta poesía en su versión latina original, con todo su grandioso patetismo que sólo recoge aquí a medias la mediocre versión de Lope de Vega. Pero ya se comprende que esta última es más asequible al público escolar a quien preferentemente están dedicados estos breves opúsculos poéticos. Después de esta famosísima poesía y escritas, si no con tan genial estilo, con la misma devota piedad, se leen otras composiciones sobre el mismo tema de Manuel González Hoyos, José Zorrilla, José María Pemán, Bernardo López García, R. María Vinuesa, Oliverio S. D. B., Fray F. Iglesias, O. F. M. Miguel Benzo Mestre, G. D., M. Monterrey, A. Fernández, Ramón Castellort, Scho. P., Fray Francisco Iglesias, O. F. M., Fray Juan Alberto de los Cármes, Lope Mateo, Narciso Díaz de Escobar, Blanco Belmonte, Fray Justo Pérez de Urbel, benedictino, R. Del Valle Ruiz, Adolfo de Sandoval, Manuel Mena Sanz, Ricardo Ballesteros, Francisco Bellido del Castillo, José María Gabriel y Galán, Fray Antonio Corredor y José María Arauz de Robles.

Algunos de estos poemas son verdaderamente impresionantes y demuestran hasta qué punto ha calado hondo en la entraña de nuestro pueblo la devoción a los Dolores de Nuestra Señora. El librito tiene un innegable valor literario y abona la paciente e incansable labor compiladora de su autor.

—o—

QUINCE POEMAS, por Paul Eluard. Traducción de Gabriel Celaya. Colección Doña Endrina número 7. Guadalajara, 1954.

Los nuevos estilos poéticos han traído la no despreciable ventaja de facilitar las traducciones. Al desaparecer el ritmo, el traductor ha quedado exonerado de la carga de fabricar otro concorde con el idioma a que se traduce. Todavía esta clase de trabajo tiene mucho enojo e inconvenientes, pero menos que cuando el

traductor, si deseaba poner en su trabajo la exigible conciencia profesional, se veía forzado a componer él mismo otros poemas enteramente distintos de los originales, aunque sobre las mismas ideas. El verso enteramente libre de muchas composiciones actuales que equivale a prosa pura y simple, puede ser vertido a otro idioma con más respeto a la expresión original, en otra prosa — aunque se presente recortada fingiendo verso — en que la principal preocupación del traductor sea una construcción correcta en el segundo idioma, dentro de una fidelidad lo más grande posible a la fuente de traducción. Como no conocemos esta última, no podemos saber si Gabriel Celaya ha salido airoso en el segundo de estos cometidos, pero sí comprobamos que en cuanto al primero no hay más que pedir. Tensa, fluida y espontáneamente, como si hubiera sido escrito originariamente en español el libro se lee, en cuanto a este punto agradosamente hasta el final.

Respecto al contenido de los versos del autor francés y por lo que de él llega a nuestros ojos, no encontramos nada sobresaliente. Un estilo superrealista *enragé*, tajante y tajado, de ventana rota, diríamos parodiando a sus profetas, modela todas las composiciones antiguas y modernas. Estilo que en 1928 traía la detonancia de lo nuevo y cuyo meridiano y brújula se desconoce, pero que hoy, sabida y resabida su tramoya a través de mil cultivadores absolutamente iguales entre sí, nos deja el sabor soso de los colorines descoloridos.

A pesar del alivio en la labor traductoria a que antes nos hemos referido, entendemos que traducir versos es perder el tiempo, por lo menos cuando en su forma genuina están escritos en idioma tan asequible a nosotros como el francés y como lo son además el inglés, el portugués y el italiano, el primero por su extraordinaria difusión actual y los segundos porque para un español resultan intelegibles sin previos estudios gramaticales, a lo menos en grado suficiente para poder gustar las bellezas de la lectura pristina. Un poema traducido es siempre un trabajo en que han colaborado dos personas, sin que ninguna de ellas pueda aseverar que sea suyo. Después de leer *Quince poemas* de Paul Eluard, nadie puede afirmar, seriamente que conoce al poeta Paul Eluard, pues una gran parte de su obra, acaso la mitad de ella, tal vez la mejor mitad, no ha llegado al lector. El matiz y la música de la lengua francesa y el arte

con que el poeta ha sabido modularla permanecen en el incógnito más absoluto vieniendo sustituidos por una aportación del traductor que por perfecta que sea, tiene algo de anónima y secundaria. Mucho menos, pues, podemos decir que en este volumen hemos leído a Gabriel Celaya.

Las traducciones poéticas son únicamente admisibles cuando la lengua de origen, por su exotismo y dificultad, es totalmente inasequible a la inmensa mayoría de los lectores. A Rabindranath Tagore, a Homero, a Pushkin, a Almotanabi, a Tsurayuki no hay manera práctica de presentarlos sino traducidos contentándonos con captar el fondo de los poemas. Pero a los autores pertenecientes a literaturas vecinas a las nuestras, lo mejor, lo infinitamente mejor es editarles las obras tal cual fueron escritas, acompañando si se quiere una traducción discreta y en prosa para que el lector pueda, sin esfuerzo, comprender la palabra que en el momento le sea hostil. Una editorial barcelonesa acometió hace años la loable tarea de dar al público ediciones de esta clase bajo el título de «Poesía en la mano». Es lamentable que aquel ejemplo no haya cundido y nuestro público se vea privado de un modo casi total de conocer los movimientos poéticos extranjeros por este motivo.

-o-

SONETOS A NUESTRO SEÑOR, coleccionados por Fray Antonio Corredor García, O. F. M. Ediciones Cruzada Mariana. Cáceres 1956.

De los volúmenes antológicos sacados a la luz hasta la fecha por el franciscano P. Antonio Corredor sobre temas religiosos, el presente es el de más envergadura literaria y artística. El conocido adagio transpirenaico *A tout Seigneur, tout honneur*, tiene aquí clara aplicación, pues es un hecho que los más celebrados e insignes poetas de nuestra lengua cuando han querido elevar sus rimadas preces al Altísimo, han empleado casi exclusivamente el Soneto, la más noble, perfecta y bella de las estrofas que ideó la Métrica.

El libro que comentamos es algo más que un premio escolar o un regalito monjil. Es casi una preceptiva literaria práctica o por mejor decir, una verdadera cromaticia del Soneto y de la poesía religiosa española y contiene varias de las producciones cumbres de nuestro Parnaso. Es bien verdad que ahora que tenemos

atosigada el alma por tanta jalea inexpressiva de unos y tanta escombrería de hojalata de otros, se encuentra una expansión y un lenitivo espiritual al volver los ojos al mármol poético de los clásicos, representado por esos asombrosos, pluscuamperfectos sonetos de los grandes maestros. Por aquí deberían comenzar su aprendizaje literario los adolescentes que desean alcanzar una calidad noble en sus escritos en vez de desayunarse con hojas volanderas llenas de sandias traducciones y calcos de cuanta miseria literaria germina en las más enfermizas mentes extranjeras.

Rompen marcha como gloriosos gastadores en este ejército místico y poético trece soberbios sonetos de Lope de Vega, capitaneados por el celeberrimo *¿Que tengo yo que mi amistad procuras?*, tantas veces puesto como modelo del género. Sigue otro que no falta en ningún devocionario español ya que constituye por sí mismo el más hermoso acto de contrición perfecta que ha concebido la criatura. Todos los lectores saben que aludimos al famosísimo *No me mueve, mi Dios, para quererte*, que el recopilador atribuye a su compañero de orden Fray Pedro de los Reyes aunque este prohíjamiento esté lejos de ser indiscutible. Más adelante encontramos a Quevedo y a Rioja, a Villamediana y a Valdivielso, la conocido Baltasar del Alcázar, no sólo autor de festivas anacreónticas, sino también del místico y letaniaco *Jesús. bendiga yo tu Santo Nombre*. A Tirso de Molina, Cervantes y Calderón, reunidos aquí como «los tres grandes» como ahora se dice, de nuestro clasicismo. A continuación van el cordobés Luis de Góngora y el aragonés Argensola con su magistral *Dime Padre común, pues eres justo*, para llegar, pasando por el dieciochesco Luzán a los maestros del Romanticismo y del Modernismo, Selgas, Balart, López García, Amado Nervo, Ricardo León. Este impresionante salterio desemboca en nuestra época con dos magníficos sonetos de Manuel Machado a quien siguen Pemán, Tejada, Pérez de Urbel, Félix García, García Nieto, Junco, Sánchez Mazas y muchos nombres más entre los que no faltan algunos de la actual vena extremeña, como José Canal (*Tu cruz es una Rosa de los Vientos*), Rufino Delgado y el propio Padre Corredor, que no hay que olvidar que es poeta místico de los finos.

Nuestra felicitación más ferviente al último citado por esta más valiosa y brillante de sus antologías. Notamos en ella

un mayor esmero editorial y en presentación. Pero el libro todavía merecía más honores materiales y una encuadernación más duradera y lujosa.

-o-

LEYENDA MARIANA en prosa y verso. Selección, por el P. Antonio Corredor, O. F. M. Ediciones Cruzada Mariana. Cáceres, 1956.

Aunque en estas columnas no se han escatimado los elogios (sin duda merecidos a nuestro juicio: de otro modo no habrían sido estampados) a esta larga serie de publicaciones literario-religiosas del Padre Corredor, y aunque por formar parte de ella no deja de merecerlos el librito que comentamos, por esta vez hemos de señalar un error. Error cuantitativo, meramente; error por defecto. Bajo el título *«Leyendas Marianas»*, nadie espera hallar un corto fascículo de 38 páginas, impreso y presentado bajo unas normas de excesiva economía y exigüidad. Alineado a continuación de casi una biblioteca de antologías marianas, donde se han recogido las más brillantes producciones poéticas de todos los tiempos bajo el lema común de la devoción a la Virgen en sus diferentes matices, se podía esperar ahora un magnífico libro sobre el tema, tan tradicionalmente literario de las *Leyendas Marianas*.

Nada más fácil que llenar un grueso volumen y aun más de uno con este asunto. Hay una inmensa floración incesantemente renovada así desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, de delicadas y bellas narraciones escritas en todas las lenguas del mundo, forjadas por el espíritu popular en veinte siglos de cristianismo. Hay un océano o un pliélagos donde flotan como medusas o estrellas fácilmente asequibles miriadas de encantadores relatos cuyo protagonista y centro es María, musa universal de poética belleza, reina de una infinita corte de Amor donde forman lo mismo el bardo primitivo y bárbaro que el atildado vate cortesano, el santo padre de la Iglesia, el trovador de Gay Saber, el solitario eremita, el clérigo medieval o el prosista clásico, Jacobo de Vorágine y Alfonso el Sabio, Evagrio y Gonzalo de Berceo y miles de autores más antiguos y modernos, nombrados y anónimos. En tan ingente selva legendaria sólo hay que extender la mano y segar copiosas gavillas de exquisitos cuentos, verídicos unos, bellamente fabulosos otros, con fundamento

real hermozeado por la fantasía los más. No podemos, pues, contentarnos con estos nueve cuentecillos breves y no de los mejores y por tanto, quedamos esperando de un compilador tan hábil y aquilatado como el Padre Corredor, un verdadero tomo de *Leyendas Marianas* que tenga auténtica categoría literaria y profundo y bello sentido piadoso.

-o-

SURCO ABIERTO. (Poemario) por Margoth Díaz Urdaneta. Editorial Nueva Segovia. Barquisimeto. (Venezuela).

Cuando acaso, entre el pequeño o a veces grande rimerero de libros que en nuestra mesa aguardan que emitamos opinión sobre ellos, asoma uno de literatura pura bajo una forma femenina hispanoamericana, regularmente es el primero que tomamos para ejercer la función censoria. A fuer de humanos y por mucha objetividad que procuremos poner en nuestro examen es inevitable que unas veces nuestro trabajo se ejerza con gusto y recreo y otras como obligación más bien penosa. ¿Por qué ocurre lo primero en estos casos? Porque regularmente, con pasmosa regularidad, libro de versos que nos llega de América firmado por una mujer es ánfora repleta de exquisitas esencias, donde no se sabe qué admirar más, si la sensibilidad elegante y noble de la poetisa o su rara habilidad para vestirla con ropaje poético no menos elegante ni poseedor de menos timbres de nobleza. Algún día los etnólogos, los antropólogos, los psicólogos o quienes quiera técnicos cuya labor sea escarbar en las profundidades del alma de las distintas razas, nos explicará el fenómeno de esta aptitud de la mujer hispanoamericana para la poesía, en cuya disciplina suele alcanzar alturas y extensiones difícilmente igualadas, en modo alguno superadas por el varón, al revés de lo que ocurre en otras literaturas, por lo menos en las que hemos podido conocer por sernos asequible su idioma. Y desde luego, incluida la española.

No es lo mismo, repetimos, para el crítico—y hay que suponer que mucho menos lo será para el público—saborear estas flores de néctar poético de altura que adentrarse, pongamos como ejemplo, en las crujientes páginas de un soberbio libro, cuyas excelencias corpóreas y tipográficas terminan cuanto de bueno hay en él, escrito por señores o damas que creen

que basta poder económicamente costearse una suntuosa edición para ser poetas y así la llenan de versos fríos y diluidos, de arcaica sonorancia o de vulgarísimo estilo, sin un ápice de originalidad y brillantez. O, pongamos por otro ejemplo aun más frecuente, haber de pechar con los libritos insulsos de sedicentes vates para quienes son sinónimos poesía y algarabía dedicados a expeler sin tregua palabreo inconexo y sandio, agrupándolo en renglones unos más cortos que otros. ¿Habrá que dudar, ante este panorama que encuentra todo aquél que por gusto o por necesidad lee libros de poesía, de que su subconsciente establezca rápidamente una gradación de preferencia, mucho antes de que sus facultades intelectivas dictaminen un juicio analítico?

Margoth Díaz Úrdaneta es una mujer de vida activa y social, madurada en luchas periodísticas y con un crédito artístico notable en su país y en toda Sudamérica, habiendo conquistado laureles en distintas competiciones de aquel continente. A sus apellidos, de rancia prosapia hispánica ha querido anteponer—como un tributo de *snobismo* a lo extranjero muy frecuente allende el Atlántico y que no podemos aplaudir—un diminutivo francés, añadiendo a la modesta T muda una H que la disfraza de *Theta* o *Dhad* oriental. Pecadillo que se agrava en quien posee un nombre tan maravilloso y musical como Margarita, pero, repetimos, frecuente en la literatura americana, desde que la impar Juana prefirió galificar su castizo apellido vasco.

Ya hemos anticipado al lector despierto que *Surco abierto* es un gran libro, escrito en versos bellísimos que rezuman sangre de humanidad. Margoth—llamémosla así pues que así quiere que se le llame—es la poetisa de la inquietud. Mejor dicho, es toda inquietud, como ella misma

dice: inquietud que serpea abrasadora en su ser «como una flagelación» y lo mejor es que su poesía trémula y apasionada comunica esta misma inquietud a quien la lee. Margoth es, por encima de todo, profundamente humana, es decir, abrumadoramente femenina. Su voz es el grave y cálido gorjeo de la hembra alada que sueña escondidamente en la noche con un matiz mágico y fascinador. Lo mismo cuando esculpe su ideal golpe a golpe en «*Presentimiento creando*» que cuando se autodescribe trazo a trazo en *Triguena*. Lo mismo cuando se identifica con la caridad:

Samaritana soy para tu herida
aceite y algodón llevo en la mano

como cuando ambula fantasmagórica entre las tumbas, en el capítulo *In memoriam*. Y quizás y sin quizás, más mujer que nunca cuando con una sublime y sólo aparente sencillez, exclama con las mismas palabras que una mujer del pueblo:

No hay nada como un hijo
para sentirse nueva.

¡Cuántas lecciones para aprender en este *Surco abierto* para los que quieran desvelar el misterio divino de la Poesía, para cuantos—y hoy son legión—no alcanzan a ver la estatua porque se quedan deletreando los jeroglíficos del pedestal! Amigos, para ser poeta, hay que alzar los ojos al cielo. Allí acaso veréis como modelo a esta Margarita flotando en el azul

sobre mis alas suspendida
como un águila blanca...

OMAR EL ZEGRI

NOTAS BREVES

☉ La Asociación de la Prensa de Barcelona ha instituido un premio anual para periodistas barceloneses.

Podrán concurrir a este certamen todos los periodistas barceloneses que realicen sus servicios profesionales en los diferentes diarios de la ciudad o revistas locales informativas.

Quedan excluidas los directivos de la Asociación.

En el año actual se otorgará este premio al tema «Reportajes sobre la actualidad local».

El galardón será de 10.000 pesetas.

El Jurado estará constituido por cinco periodistas profesionales.

Los trabajos deberán haber sido dados a la luz durante el año de la convocatoria y el término para la presentación de los originales termina el día 31 de Diciembre.

☉ El Club de España de la Ciudad de Méjico ha convocado su III concurso anual de novela.

Se concederá a la mejor obra escrita por un español, hispanoamericano o filipino y habrá de desarrollarse teniendo en cuenta las siguientes normas: el personaje principal de la narración ha de ser español, hispanoamericano o filipino; la fábula, en parte, al menos, habrá de transcurrir en alguno de estos países, y el Jurado calificador tendrá muy presente los méritos de la obra encaminados a poner bien de resalto la acción de España en el Nuevo Mundo.

Deberán presentarse los originales en las oficinas del Club de España, Avenida Insurgentes, 2. 390, ciudad de Méjico. Se concederá un premio único e indivisible de 25.000 pesos mejicanos.

El Club de España realizará las ges-

iones necesarias para que la novela premiada sea convertida en película.

☉ Se convoca el III Premio *Gibraltar*, dotado con 5.000 pesetas, para galardonar el mejor cuento o poema de asunto político o social, o que se refiera a cualquier aspiración española y falangista.

Las bases de este concurso se publican semanalmente en *Juventud*, y pueden pedirse a la Dirección de esta revista: Diego de León, 49, Madrid.

☉ Los premios «Ciudad de Barcelona», instituidos por el Ayuntamiento para solemnizar la liberación de la Ciudad, han sido otorgados a los Sres. siguientes: A D. José M.^a Rincón, de Madrid, por su obra teatral «El Espejo»; a D. Rafael Santos Torroella, por su obra poética «El hombre antiguo»; a D. Manuel Bertrán Oriola, por su obra (Poesía catalana) «Ciudad de Dios».

El premio de Poesía fué adjudicado a D. José Castillo; el de Música al trabajo que lleva por lema «Patria»; el de Cinematografía, fué declarado desierto, y el de Fotografía, ha sido concedido al lema «Diciembre».

☉ D. Julio Manegat ha obtenido el premio de crítica literaria instituido por la Editorial «Ahr», de Barcelona.

☉ El premio «Sésamo», que corresponde al primer trimestre de 1956 para cuentos, ha sido otorgado a D. Medardo Fraile por su trabajo de este género «Presencia de Berta».

☉ El premio «Galdós» de novela, dotado con 30.000 pesetas, ha sido conce-